



MATÍAS
PETERSEN

La relevancia económica de los compromisos incondicionales



Quentin Massys, 1514, *El cambista y su mujer*. Museo de Louvre, París.

MATÍAS PETERSEN

Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes, e investigador senior IdeaPaís

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que la familia es célula vital y protagonista de la vida social?¹ Una mirada a la relación entre el desempeño económico de un país y la vitalidad de la vida familiar puede arrojar algunas luces. Un modo de abordar esta relación consiste en apelar a criterios formalmente económicos. Bajo esta mirada, la familia puede ser una contribución a la vida económica de diversas maneras. La más elemental de ellas consiste en ver en la familia una unidad básica de consumo, factor relevante en el gasto privado de un país. De manera análoga, la familia es una fuente relevante de inversión, en la medida en que los ahorros del sector privado contribuyen a la formación de capital, y también opera muchas veces como red informal de protección social. Ahora bien, quizás el papel que más claramente ha desempeñado la familia en el desarrollo económico de los países es aquel que dice relación con su capacidad de formación de lo que comúnmente se denomina capital humano. No es extraño que una de las tantas tesis explicativas sobre las causas de la revolución industrial destaque el papel jugado por la institución del matrimonio en la acumulación de capital humano, y su consecuente efecto en el desarrollo económico.²

Ahora bien, sin restarle importancia a este tipo de enfoques, en lo que sigue quiero sugerir que existe un vínculo más profundo entre familia y desarrollo económico. Dicho vínculo está mediado por el papel que juegan los niveles de confianza interpersonal de una sociedad en sus posibilidades de desarrollo económico³. Lo que trataré de argumentar es que existe una relación entre la vitalidad de los vínculos familiares y los niveles de confianza de una sociedad, niveles que, a su vez, tienen un efecto significativo en las posibilidades de desarrollo económico de esta.

Confianza y desarrollo

Las razones por las cuales la confianza social puede ser relevante para el desarrollo económico de un país son variadas, ya sea que uno centre su atención en la confianza a nivel interpersonal, o lo haga en la confianza que la ciudadanía tiene en determinadas instituciones políticas. Respecto de lo segundo, basta una mirada superficial a nuestra historia política reciente para comprender, por ejemplo, cómo la desconfianza en las instituciones políticas puede paralizar cambios institucionales necesarios para el fomento del desarrollo. La viabilidad de cualquier reforma política y social

1 Ver *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n° 248.

2 Ver Jan Luiten van Zanden, Tine De Moor, and Sarah Carmichael. *Capital Women: The European Marriage Pattern, Female Empowerment and Economic Development in Western Europe 1300-1800* (Oxford University Press, 2019).

3 La literatura al respecto es muy extensa. Ver, solo a modo de ejemplo, Roman Horváth, "Does Trust Promote Growth?", *Journal of Comparative Economics* 41 (3): 777-88, 2013.

sustantiva depende no solo de un sustento técnico adecuado, sino sobre todo de que la ciudadanía conciba dicha reforma como algo razonable, y no como el mero resultado de la presión que ejercen ciertos grupos de interés. En otras palabras, los ciudadanos necesitan percibir que las reformas que se impulsan son pertinentes y contribuyen al bien común, en lugar de beneficiar exclusivamente a un grupo minoritario con capacidad de imponer su agenda. Por tanto, la fragmentación social que vive Chile y el actual descrédito de nuestra clase política vuelven prácticamente inviables los cambios institucionales que se requieren para extender los horizontes de desarrollo humano a todos los chilenos. La desconfianza en quienes llevan a cabo la negociación de las distintas propuestas institucionales dificulta significativamente el apoyo ciudadano a esas políticas. Lo anterior ha sido, en mayor o menor medida, capturado por una amplia variedad de encuestas cuyo objetivo central es medir los niveles de confianza en una sociedad. Si bien dichas mediciones enfrentan una serie de desafíos metodológicos, los resultados que arrojan no son auspiciosos. Ante afirmaciones como “se puede confiar en la mayoría de las personas”, un 13% de los chilenos responde que la mayoría de las personas es confiable, mientras que un 85% afirma que se debe ser muy cuidadoso a la hora de interactuar con otros.⁴ Cuando la pregunta se dirige a la confianza en nuestras instituciones políticas, los resultados son sumamente preocupantes: los chilenos confiamos poco nada en los partidos políticos (81%), en el gobierno (62%), o en el sistema judicial (68%).⁵ En este escenario, es altamente improbable que la clase política logre avanzar en aquellas reformas institucionales que son necesarias para el desarrollo económico y social del país.

Así como existe una relación entre confianza social e instituciones políticas, parece plausible afirmar también que hay un vínculo entre la confianza social y los niveles de inversión, toda vez que

la decisión de invertir suele presentar altos costos de transacción, es decir, costos asociados a llegar a acuerdos y asegurar su cumplimiento. Esto último puede operar en dos planos. Por un lado, las partes involucradas en una negociación deben generar un mínimo de confianza y, por otro, tener una expectativa razonable sobre la confiabilidad del marco regulatorio relevante. Pues bien, es esperable que, *ceteris paribus*, en sociedades con mayores niveles de confianza interpersonal, las decisiones de inversión sean más fluidas. Si lo anterior es cierto, decir que la familia es la célula básica de la sociedad, y que de ella depende al menos en parte el desarrollo económico y social de un pueblo, implica encontrar un vínculo entre la calidad de nuestros vínculos familiares y los niveles de confianza interpersonal en una sociedad.

Una visión como la anterior implica asumir ciertas cosas que desafían parte importante de la ortodoxia intelectual contemporánea. Sabemos que prácticamente todas nuestras relaciones sociales presuponen un mínimo de confianza en los demás. Confiamos en distintas personas y de diversos modos. Confiamos, por ejemplo, en que la información en las etiquetas de los alimentos que compramos es fidedigna o que el médico que nos atiende está efectivamente titulado. Confiamos también en que nuestros padres son realmente nuestros padres y que quienes dicen ser nuestros amigos efectivamente lo son. Sin asumir, aunque sea rutinariamente, este tipo de certezas, nuestra vida sería un caos. Pero, a pesar de la relevancia de la confianza en la vida social, la reflexión contemporánea sobre esta presenta una serie de paradojas interesantes. Una de ellas es la siguiente: para muchos autores, la confianza es fundamental a la hora de explicar cómo es posible la paz social y el desarrollo de sociedades complejas como la nuestra. Al mismo tiempo, sin embargo, parte importante del pensamiento contemporáneo suele tratar la confianza interpersonal como algo que surge, ya sea espontáneamente, o bien como un producto inevitable de ciertas instituciones sociales. Bajo esta

4 Word Values Survey, 7 (2017-2022).

5 *Ibid.*

perspectiva, la relación de confianza interpersonal, y el rol del encuentro personal con el otro que ello supone, parece quedar relegada a un segundo plano. El problema no se da solo en la reflexión contemporánea sobre la confianza, sino que ya está presente en autores clásicos de la teoría social moderna. Por citar solo un ejemplo, Georg Simmel afirmaba que la confianza es “una de las fuerzas sintéticas más importantes que actúan en la sociedad”. Sin embargo, ello no debe llevarnos a pensar que la relación personal con el otro es importante para sostener niveles elevados de confianza social. Por el contrario, Simmel pensaba que las tradiciones e instituciones, el poder de la opinión pública y el rigor de la situación de cada cual, que determinan inexorablemente la conducta del individuo, se han hecho tan firmes y seguros, que basta conocer ciertas exterioridades referentes al otro, para poseer la confianza necesaria a la acción común. La base de cualidades personales, de donde podía salir en principio una modificación de la conducta, dentro de la relación, no tiene ya importancia; la motivación y regulación de esta conducta se ha objetivado de tal modo, que ya no es necesario, para la confianza, el conocimiento verdaderamente personal⁶.

En la discusión contemporánea sobre el papel de la confianza en la vida social, un número no despreciable de autores contemporáneos considera que la relación de confianza puede explicarse principalmente mediante una lógica de “intereses

encapsulados”.⁷ Según esta visión, Juan confía en Marta no solo porque sabe que es competente en aquello que él espera de ella, sino también porque cree que Marta percibe que sus intereses estrictamente individuales se verán favorecidos al hacer lo que Juan espera de ella. Así, cuando confiamos en alguien lo hacemos porque asumimos que esa persona tiene un interés, relativo a su bien particular, en mantener una relación con nosotros; interés que le otorga a dicha persona un incentivo a ser percibida como alguien en quien se puede confiar.

Así, para estos autores, quien entra en relaciones de confianza con los demás lo hace, al menos inicialmente, motivado por su bien particular. Lo anterior no quita que con el paso del tiempo dichas relaciones, o el contexto en el que tienen lugar, vayan alterando gradualmente las motivaciones de las partes involucradas. Sea como fuere, la idea de que la confianza interpersonal surge de una coincidencia de intereses particulares solo es plausible en la medida en que dichas relaciones tengan un

carácter iterado.⁸ Dicho en simple, la interacción frecuente con otras personas nos permitiría adoptar estrategias de cooperación de largo plazo basadas en una gradual toma de conciencia de cómo nuestros intereses convergen con los de aquellos con quienes interactuamos.

Es justamente en este último punto donde radica la principal debilidad de una noción de confianza entendida a la luz de la lógica de los “intereses encapsulados”. Si las sociedades contemporáneas

"El papel que más claramente ha desempeñado la familia en el desarrollo económico de los países es aquel que dice relación con su capacidad de formación de lo que comúnmente se denomina capital humano. No es extraño que una de las tantas tesis explicativas sobre las causas de la revolución industrial destaque el papel jugado por la institución del matrimonio en la acumulación de capital humano".

6 Georg Simmel, *Estudios Sobre Las Formas de Socialización*, vol. 1 (Madrid: Revista de Occidente, 1927), 367-68.

7 Ver Russell Hardin, *Trust* (Cambridge: Polity Press, 2006), 18-25.

8 Katherine Hawley, *Trust. A Very Short Introduction* (Oxford: Oxford University Press, 2012), 23-27.



William Aiken Walker, 1881. Plantation economy. Museo Tuscaloosa, Estados Unidos.

18 están caracterizadas por elevados grados de “liquidez”, tanto en la naturaleza como en la estabilidad de los vínculos sociales, parece poco plausible esperar que la mera convergencia de intereses particulares sea capaz de sostener relaciones de confianza interpersonal robustas. Sumado a lo anterior, la fragmentación política y moral contemporánea vuelve particularmente desafiante lograr grados de cohesión social compatibles con el hecho de que una sociedad compleja depende de los altos grados de cooperación. En suma, si los vínculos sociales en los que descansa el desarrollo social de un país no se explican fácilmente por la lógica de los intereses encapsulados –y esto es una pregunta empírica y abierta–, ¿tenemos razones para pensar que hay fuentes adicionales de confianza interpersonal? ¿Qué tipo de relaciones personales pueden orientar y dar sentido a nuestra participación en la vida social? ¿Qué tipo de compromisos pueden forjar nuestra disposición a confiar en los demás? ¿A quién recurriremos cuando nos topemos con la dura realidad de una confianza traicionada? Lo que quiero sugerir es que es solo al alero de relaciones

y compromisos anclados en la gratuidad, en la donación libre, que podemos hacer frente a estos desafíos.

El papel de los vínculos familiares

Esta intuición puede ser formulada del siguiente modo: nuestra disposición a confiar en los demás, en distintos ámbitos de la vida social, parece requerir de una experiencia de confianza más radical, de unos vínculos incondicionales que parecen ir más allá de la relación estrictamente instrumental. En otras palabras, nuestra disposición a confiar en los demás parece requerir que hayamos tenido experiencia de relaciones interpersonales en las que se nos ha valorado sin importar nuestros logros ni los beneficios que entregamos a los demás. Si bien la realidad sociológica de la familia actual es muy compleja y diversa, no sería una exageración sugerir que, aun en el contexto dicha complejidad y diversidad, lo que permite que sigamos llamando familia a dichas realidades es precisamente que vemos en ellas el lugar donde el compromiso

incondicional es la expectativa más razonable. Nos indignan la violencia, el abuso y la indiferencia al interior de las familias, precisamente porque lo que esperamos de la familia es que sea un lugar de acogida. Es más, cuando la propia experiencia familiar está marcada por la presencia de violencia, abuso o una terrible indiferencia, la relación con los demás miembros del orden social corre el riesgo de sufrir grave daño.

A la luz de lo anterior, parece razonable afirmar que nuestras relaciones sociales en el contexto de un orden social complejo dependen en gran medida de la calidad de nuestros vínculos familiares. Cuando estos vínculos son robustos y estables, parecen ser una fuente inestimable de confianza interpersonal, que a su vez es condición necesaria para la legitimidad institucional y el progreso social y económico⁹. De este modo, si el vínculo entre confianza interpersonal y desarrollo económico es plausible, entonces volcar nuestra atención a la calidad de los vínculos familiares no parece tan alejado de nuestra preocupación por el desarrollo económico de nuestro país. Ahora bien, la relación entre la familia y la realidad socioeconómica de un país es reflexiva, en la medida en que diversas tendencias económicas pueden facilitar más o menos la solidez de la vida familiar. Por ejemplo, el modo en que ha cambiado el lugar de la mujer en el mercado laboral, junto con el surgimiento de

nuevas tecnologías, así como cambios relevantes en una serie de normas sociales, han transformado el funcionamiento cotidiano de las familias. Como ha documentado admirablemente Claudia Goldin, en la primera mitad del siglo XX las mujeres tenían trabajo antes de tener familia, pero estos empleos eran un medio para mantenerse a sí mismas o a sus padres, y a menudo se volvían innecesarios una vez casadas. La situación actual es bastante diversa; muchas mujeres desean alcanzar cierto desarrollo profesional antes de tener una familia, lo que ha tenido un impacto en las decisiones sobre el matrimonio y la maternidad. El siglo XXI y la “familia moderna” se caracterizan por los intentos de las mujeres de conciliar la vida profesional con la maternidad.¹⁰ Así, no es despreciable el impacto que puede llegar a tener la estructura del mercado laboral en la estabilidad de las familias.

Sin perjuicio de lo anterior, en la medida en que la vida familiar posibilite la experiencia de compromisos incondicionales, su papel en la vida social tendrá efectos de largo alcance, no solo para el desarrollo humano de las personas, sino también para intentar asegurar las condiciones materiales en las que dicho desarrollo es posible. Es en este sentido, entonces, que podemos afirmar también que la familia es célula vital y protagonista de la vida social. R

9 Sobre la plausibilidad de este vínculo, ver, solo a modo ilustrativo, Morten Blekesaune, “Does the Nuclear Family Affect Social Trust? Longitudinal Evidence from Germany”. *European Societies* 24, n° 2, 2022: 111–28.

10 Claudia Goldin, *Career and Family: Women's Century-Long Journey toward Equity* (Princeton: Princeton University Press, 2021).